

Mariano Latorre

TINAJON AÑEJO

Tinaja de cien arrobas
no se le ha hallado cotejo,
porque pasa de cien años
este tinajón añejo.

LA bodega es vieja como las casas y casi como la tierra. Los dueños de la montaña socavaron la falda gredosa del cerro y en el hueco alzaron sus muros de adobe. Un ventanillo, abierto casi al nivel de la viguetería de gruesos robles, filtra la luz de los campos. Es como la férrea abertura de un calabozo. Dentro, condenados a perpetuidad, están los ventrudos lagares y los fudres monstruosos. Una sombra helada que perfuman los vinos dormidos en las vasijas, se arremansa en los ángulos oscuros, donde sólo en las tardes un cono de luz casi púrpura taja la masa negra como un alfange de oro. En aquella hoja resplandeciente bailan un instante las moscas de abdomen azul y una que otra abeja aventurera, la traspasa para revolotear sobre los tártaros rojizos que trasudan las duelas o se acumulan en torno a los espiches goteantes. Está ahí también, prisionera, la vieja tinaja cuya historia conozco. De su edad nada podría decir. ¿Quién puede calcular los años de los remotos tinajones coloniales?

Casi un siglo ha transcurrido desde que los viejos tinajeros de los campos los moldearon con greda de los cerros, ahuecando con el duro filo de los cordobanes su angosto gollete o puliendo, con piedras agudas, la curva de su vientre moreno.

Sería como adivinar la edad de las viejecillas, arrugadas de los ranchos, eternas, como los picos de los cerros, junto a su rueca bailadora; pero como en su memoria viven las consejas del campo, en las panzas vacías de las tinajas, canta el tiempo su añeja canción de siglos.

En la hinchada curva de la tinaja, mejilla gigante de hembra montañesa, negrea una mancha que recuerda un lunar. Allí

dejaron su huella las lengüecillas rojas de los hualles y espinos que tornaron la greda opaca en materia roja consistente.

No es mi tinaja de las más crecidas. Mediano en su porte. No debió servir para que hirvieran, pletóricas de jugo, las chichas sabrosas de uva costeña. Otra fué su misión. Durmieron ahí, lejos de la luz y del ruido, los mejores mostos de la sierra.

El astuto montañés, tapando con toscos pelotones de greda la embocadura, guardó en ella el mosto destilado por los colihues de la zaranda para que se hiciera vino perfumado, rubí de dulces uvas morenas o ámbar rubio de racimos de oro. La tinaja debió nacer a pleno aire, bajo el ala del viento sur, en oculta quebrada donde el alfarero pacienzudo tuvo su taller. Rudas manos varoniles la perfilaron. La dócil arcilla, entre los dedos rústicos, iba creándola como una hembra campesina y como ella fecunda y pasiva. Era el cerro mismo que colaboraba con el montañés, su eterno aliado.

No tiene la gracia de sus hermanas menores, las olletas y callanas que las mujeres modelan en las cercanías de los ranchos ni la policromía de sus adornos típicos.

La tinaja es tosca y grandullona. Toda ella cuenco para cuidar amorosamente, como un vientre materno, la lenta maduración de los mostos que se sublimizan en vinos. Sellada su boca circular, de gruesos labios, ni un átomo de esa vitalidad se pierde, ni un hálito se evapora. Todo el sol almacenado en la pulpa de uva, toda la humedad chupada por las raíces, se transforma y se acendra dentro de sus paredes petrificadas.

En el campo, en los corredores de las casas montañesas, y en las bodegas mismas, hay muchas otras tinajas, hoy abandonadas. Son como esqueletos de pasadas vendimias coloniales.

En mi bodega hay una monstruosa. Nadie sabe en el contorno que manos ciclópeas la moldearon. Debió nacer antes que se levantasen los muros de adobes de la bodega, pues para sacarla habría que echar abajo la enorme puerta de roble y el marco en que se sostiene desde tiempo inmemorial.

Sobre recias plataformas descansan, a su lado, los fudres y lagares modernos, contruídos con valiosas maderas. El arte del tonelero ha suplantado a los tinajeros semi-indígenas de los campos, como la prensa de férrea dentadura a la red de colihues de la zaranda.

De las otras tinajas no conozco la historia, ni nadie en el campo, pero de ésta sí que puedo decir algo.

Un hombre de los cerros, Juan Sapo, la descubrió casualmente en un rincón de la viña, enfrente de las casas, una tarde de fines del invierno y al amanecer del día siguiente, después de

cavar toda la noche, surgió entre montones de tierra húmeda, a golpes de azadón; pero apenas se abrió su boca oscura, las alas de murciélago de la superstición soplaron sobre el campo.

La ingenua avidez de los serranos buscaba oro y plata en la tinaja escondida en la tierra; la tierra devolvíales un prodigioso licor.

Entre rezos y conjuros, el vino fué derramado en los terrones deshechos de las parras para acallar el maleficio, y de su dulzor soleado, sólo supimos aquella mañana, las abejas, las moscas y yo, único ser humano, que logró paladearlo.

LA HISTORIA DE LA TINAJA

Debió ser, primero, un roce perceptible sólo por el silencio que rodeaba la casa; luego, un pequeño golpe en la puerta del comedor que daba al campo.

A pesar del cansancio de aquella larga jornada campesina, advertí el crujido frágil y el golpe claro que lo siguió.

No hacía media hora que las gentes de la montaña, partícipes del mingaco de cava de mi viña, se habían dispersado por los cerros en busca de sus viviendas.

¿Quién era el que me llamaba a esta hora tan desusada?

La vieja que me servía de cocinera entraba casi siempre sin aviso alguno. Su paso arrastrado sentíalo desde que subía a los ladrillos del corredor; y luego, el chirrido habitual de la puerta al girar sobre sus goznes.

Sonó un nuevo golpe, ahora más cerca.

—¿Quién es? pregunté.

Sentí un carraspeo de viejo fumador campesino. Una voz sorda (reconocí la voz de Juan Sapo), me respondió cortésmente:

Yo no más, patrón.

—¿Qué se te ofrece?, interrogué impaciente, sin moverme de mi asiento.

Conocía muy bien la astuta avidez del serrano. Algo quería sacar de la ayuda gratuita, prestada en la tarde en el mingaco.

Su respuesta no tardó:

—Nada patrón, pero di'algo muy urgente tengo que notificarlo.

—¿Nada y muy urgente? dije perplejo.

Sin que lo autorizase, había abierto sigilosamente la puerta y lo vi, iluminado por el cono de luz de la lámpara, con su cabezota ancha, rematada en toscas greñas. su chaqueta llena de parches y sus viejas ojotas. Fué cerrando cuidadosamente, con

tal cuidado, que ni siquiera chirrió, la hoja de la puerta, sin volver la cabeza y cuando ésta se precipitó como encolerizada, miró con maliciosa sorpresa, diciendo:

—¡Puchas que me asusté!

Curiosa psicología la de este serrano. En su corpachón deforme se habían arraigado la astucia y el temor. Siempre caminaba de lado, pegándose a la orilla de los caminos, como si se escondiese. Su espíritu era igual. Nunca abordaba nada de frente. En una garganta del cerro Peñalquín tenía su rancho. Una viñita adelante y una huerta atrás, En la huerta, unos torcidos limoneros, una higuera, unos duraznos. Meses enteros no se le veía en los cerros. Volvía siempre con dinero. A veces, con una yunta de bueyes o un soberbio caballo que, poco a poco, iba enflaqueciendo y achicándose, como todo en la montaña. Por sus artimañas para escapar de la policía y por sus hábiles rodeos en los interrogatorios, lo habían bautizado con ese apodo: Juan Sapo.—En el campo, síntesis de astucias.

—¿Y por qué no vienes mañana?. Estoy muy cansado, le respondí.

Sin contestarme, avanzó hasta el medio de la pieza. Su cara ancha, cerrada por una enorme barba, dábale un aspecto agresivo, pero sus ojos vagos, huidizos y su voz atiplada, borraban este efecto.

—Cuando le igo, patroncito, qu'es urgentazo...pa Ud. y pa mí, qui'algo tocaré por las albricias.

Recordé la pérdida de un animal del fundo no hacía mucho y le dije de repente:

—¿Apareció la vaquilla overa, entonces?

Mostró su poderosa dentadura de montañés y me dijo maliciosamente, sin responder a mi pregunta:

—Muchas vaquillas, patroncito, y mucha uva y muchas tierras...

—¡Qué lesera se te ha ocurrido, ahora? ¡Ya sabes que te conozco, Juan Sapo!

Con celeridad increíble la chupalla sucia de Juan Sapo rodaba por entre sus dedos gruesos y deformes. Su vocecilla sin timbre empezó a articular palabras.

—Oiga, primero, su mercé. P'al lao e la mediagua onde su mercé hizo el chiquero me tocó la cava e viña. Ei taba, dale que dale, cuando l'azadón pegó en una cosa dura como pieira. ¿Qué nu'es tosca? ije. La viña e su mercé, nu'es por espreciarla, es tan piedregozaza. Golpié e nuevo y ¿que no se resfaló l'azadón p'al lado? Ei mesmo vide una pieira colorá como lairillo. ¿Qué pieira será ésta? ije. Le cavé p'al laíto y di'ai no iviso la

guata e una tinaja, de esas mismas que hay en la bodega e su mercé. Son muy antiguazas. A la finá mi agüelita l'hay oido mentar que guardaban ei pa las resoluciones y pa los salteos, plata sellá y cueros llenitos di'oro. Mi l'hice el leso y l'eché tierrecita encima, pa que naide cachara. Com'un condenao piqué pa l' otro lao e la melga.

Detuvo, poco a poco, el vértigo de sus dedos giradores y me dijo en voz baja, como en secreto, acercando su cabezota hacia a mí.

—Un entierro ha de ser no más, qu'el rico nu' la entontrao porque si'habrá corrío...

Juan Sapo esperó mi respuesta sin cambiar su actitud. Chispeaban sus ojos y sus dedotes aferrábanse, ahora al borde de su chupalla. No sé qué impalpable atmósfera de misterio lo envolvía e iba llenando la estancia y penetrando en mi espíritu. Mi voluntad se había adormecido. No razonaba. Un tumulto de sensaciones, retazos de consejas sobre entierros, misteriosas, apariciones de vetas auríferas, nacían en mí y adquirirían, por primera vez, relieve y realidad.

En la vieja cordillera de la costa, misérrima y triste, donde hasta los árboles se introducen por entre las piedras en busca de humedad, todos, patrones e inquilinos, esperan el milagro que ha de tornarlos ricos de improviso. La pobreza se hace llevadera, porque la leyenda, trasmitida durante siglos, ha de dar el precioso entierro o la mina de oro que traerá la prosperidad. Cada campesino sueña con el descubrimiento de un filón y todos, en todos los tiempos, han lavado pacientemente las escamillas doradas que, a la hora de la siesta, brillan a través de la trama reidora de la corriente, en el lecho de los esteros.

No me extrañaba la aparición de un entierro en el hueco de una quebrada o en un rincón de la viña, en tal forma esta atmósfera de leyenda se había infiltrado en mi sangre y teñía mis ideas.

Sin mirarlo a los ojos, pensé en esto, luego, le pregunté:

—¿Te acuerdas quien era el dueño de este fundo, antes de don Pascual Medel?. Porque ese viejo borracho no creo que guardase nada...

Sonrióse Juan Sapo.

—¡Este era un fundo regrandazo, su mercé. Hasta el mar llegaba, es que!. Yo estaba chiquichicho cuando murió el finao Juan Barrios. De repente, es que. Avarientazo icen qu'era y too lo tenía escondío. Pa la partición, la finá oña Juana ná' encontró na, ni plata sellá ni'oro. El viejo se llevó el secreto pa l' otro mundo. Este ha de ser, igo yo. Y su mercé, es dueño, porque está en sus tierras.

Hubo una nueva pausa. Juan Sapo no respiraba.

—¿Y estás seguro qu'era una tinaja y no una piedra?, le dije.

Su timidez habitual tornóse desembarazo al oír mis palabras. Avanzó un poco hacia la mesa. Se había dado cuenta que me interesaba el hallazgo y el triunfo dependía del poder de su convicción:

—¡Pero claro, patrón! cantó irónicamente su vocecilla aguda. ¿No ve que soy viñatero viejo? ¡Cómo nu'iba a iferenciar una pieira di'una tinaja! ¡Tinaja era, patrón! Le quebré por más seña un gajo a la parra vieja qu'está encima!

—¡Pero la tinaja puede estar vacía, Juan Sapo!

—¿Pero di'onde, su mercé? rió toda su cara. ¿Iban a enterrar por gusto una tinaja vacía, entonces?

—Pero es que puede ser un pedazo de tinaja que se ha enterrado sola, relleniéndose con la tierra, repliqué. He visto muchas.

Se balanceó Juan Sapo con suficiencia, pasando la chupalla de la izquierda, a la derecha.

—¡Pero patroncito, hay que verla primero! ¡Qué es lo que se pierde!

Y agregó confidencialmente, con un tono de dulce insinuación:

—¡Allí mesmo enterré l'azadón!

Nos miramos sin hablarnos algunos segundos. Juan Sapo no se movía. Ni su respiración lograba advertir, en tal forma sus ojos avispones estaban clavados en los míos. Tan profundo era el silencio que oí el frufrujeo áspero de las hojas de los naranjos, movidos por una oleada de brisa repentina. Y la casa entera se hizo sonora por el criquilar de los grillos en todas las junturas.

La curiosidad iba, poco a poco, desmoronando mis vacilaciones. Una curiosidad ávida, dominadora. ¿Quién había enterrado esa tinaja en la viña y para qué? La posibilidad de un entierro era, para mí, en este momento, lo más verosímil.

Pregunté a Juan Sapo:

—¿Se fueron los otros ya?

Una sonrisa astuta floreció en la tierra tostada de su semblante al oír estas palabras. Comprendió que mi decisión estaba tomada.

—Toos, patroncito, explicó confidencialmente. Los endilgué por el camino del cerro y di'ai l'hice una cortá pa noticiarlo a su mercé.

Cambiamos una mirada de complicidad. No había necesidad de más explicaciones. Esta vez sí que estaba a tono con la codicia de la montaña.

Le observé entonces.

—Tenemos que esperar que la vieja sirva la comida. Espérame en la viña.

Juan Sapo, como en los días de audiencia en el pequeño juzgado de los cerros, retrocedió sin volver la espalda, el ángulo del hombro derecho dirigido hacia la puerta. Era su hábito. Especie de humilde deferencia *al señor subdelegao*. Desapareció de improviso, como absorbido por la noche.

Comí rápidamente, sin mirar a la cocinera. Esperé que se llevase los platos, como todos los días. Fumé largo rato, arrellenado en mi vieja silla de mimbres. Luego, salí al campo. No olvidé mi linterna.

Al entrar en la ancha calle que partía en dos rectángulos la viña, tropecé con Juan Sapo. Me esperaba, apoyado en la palizada de la huerta. Desde ahí miramos la ranca que hacía de cocina. El humoso chonchón arañaba desesperado a la sombra con sus largas lengüecillas de oro. Oíamos claramente el chocar de los platos que la vieja lavaba.

Hacia el cajón, la noche era de una densa negrura, pero arriba, sobre la dispareja dentadura de los cerros, plateaba el polvo lejano de las estrellas. Oíase el estero, si las ranas no disolvían con su croar casi constante la claridad de su rumor.

Con seguro paso corría Juan Sapo delante de mí. No necesitaba luz para sortear los troncos de las parras. Sus ojos taladraban las sombras, tornándolas claras como las de los zorros. Bajamos rápidamente la falda y torcimos a la derecha, en dirección al chiquero, en cuyas cercanías descubrió Juan Sapo la tinaja. Enfoqué la linterna hacia la parra quebrada, apenas Juan Sapo se detuvo. Desenterró el azadón. Un hálito húmedo de tierra removida, se introdujo por mis narices alevosamente, haciéndome tiritar. Sin decirme una palabra, comenzó Juan Sapo a cavar. Primero con ahinco, luego se fué calmando. A cada golpe de azadón era más penetrante la humedad de la tierra. Los azadonazos martillaban los blandos terrones son sordo rebotar, si el filo no chocaba con metálico chasquido sobre algún pedrusco.

De pronto Juan Sapo detuvo su labor. Su poderosa respiración pareció llenar la noche. Enderecé la linterna y ví la hinchada cadera de la tinaja, medio visible entre montones de tierra oscura. Sin mirarme, empezó de nuevo a cavar en torno a la panza de la tinaja. Volvió a detenerse a los pocos segundos.

—¿Estás cansado? le pregunté. ¿Quieres que eche una manito yo también?

—No, patrón, respondió.

Sin embargo, permaneció inmóvil, apoyado en el mango del

azadón. Oí como se apagaba su jadear. La noche de los cerros, con sus ranas croadoras y su estero charlatán, predominó vencedora.

—¿Nu'oye, patrón?, se estranguló medrosa la voz del montañés.

—¿Qué?, le dije alarmado.

—El chuncho, su mercé, que regoletea pu'aquí. El Malo es no más que quiere correr el entierro...

—Yo no digo nada, Juan Sapo. La tinaja no se mueve.

—Es que el Malo es muy indino, su mercé, y cambia lo de aentro pa molestar al creyente.

Se calló para decir a los pocos segundos:

—¿Nu'oye, patrón? Otra vez pasó. Bulla di'aias es no más...

Agudamente mis oídos auscultaron la noche. Oí el solo del estero y la ruidosa masa coral de las ranas. Pero sí, en efecto: sobre el croar de los batracios, sobre el trémolo de las aguas fugitivas; más bien a través de esa cascada fría de sonidos, golpes metálicos, rápidos, entrecortados. Cho, cho, cho. ¿Era el chuncho? ¿Era el zorro?

—Yo creo que es un zorro, Juan Sapo. No oigo alas.

—No, patrón, rectificó Juan Sapo, con su habitual tono humorístico. Nu'es na zorro ni tampoco el chuncho. Es un guairao. Pu'allí pasó, pa la vega.

Oí un comienzo de risa. Observó maliciosamente:

—Mal le va a ir a las ranas del bajo. Bueno que les pase por gritonas.

Iluminé de nuevo la tinaja. Me obsesionaba. Veíase casi entera, pesada, prometedora. Las raíces duras de las parras habíanla abrazado por el pie y se aferraban a ella en histérico enredo de sarmientos y vástagos. Juan Sapo empezó a cortarlas con el filo del azadón.

De improviso me observó:

—¡Pucha que el finaio tapó el gollete, su mercé!

Concentré la luz en la embocadura de la tinaja. Un grueso pelotón de greda endurecida la cubría. Juan Sapo iba a desprenderlas con la punta del azadón, cuando ambos nos detuvimos sobresaltados. Muy cerca de nosotros, rozábase un cuerpo entre los agudos muñones de las parras. La linterna iluminó todo el terreno que nos rodeaba. Negras contorsiones de parras viejas. Los ojos oscuros y brillantes del montañés. El cansado sueño de la tinaja junto a la tierra recién removida. De pronto, un aullido se enroscó como una culebra en la masa negra del aire. El terror pareció posarse en la cara hirsuta de Juan Sapo. Sus ojos miraban sin ver a la sombra amenazante. La boca, de áspe-

ros labios, temblaba medrosa. Lo vi alejarse rápidamente en un momento dado. Oí el arrastre de sus ojotas en la tierra blanda; luego, el silencio espeso se acumuló en torno mío. Sentía el palpar de mi corazón. Mis oídos zumbaban; pero antes de que pudiera darme cuenta de nada, Juan Sapo estaba de vuelta. Tranquilamente me explicaba:

—Es el perro de on Ranchona, qui'anda como loco, su mercé, aullando por los cerros toda la santa noche. Ayer, a l'oración, aullò pa l'otro lao. Ahora si ha venío pa cá. Li'hice la cruz y se arrancó p'al estero.

Y decidido esta vez, comenzó a meter la punta del azadón en la greda de la embocadura. Sentía caer como pedazos de piedra los trozos endurecidos. La curiosidad empezaba a apretar mi corazón con un nudo de angustia. Así nos sorprendió el primer aleteo del alba. Un escalofrío gris desperezó las agudas cabezas de los cerros. Aclaróse el rumor del estero. Las ranas habíanse dormido a la orilla de los aguazales, cansadas de gritar. Las diucas del alba repiquetearon entre los matorrales, negros de sombra.

En la sucia obscuridad nos miramos Juan Sapo y yo. Nuestras caras estaban grises de tierra y de insomnio. Nos miramos un segundo con asombro, como si nos desconociéramos repentinamente. Nuestros ojos convergieron hacia la tinaja, cuya chata silueta parecía dormitar en un lecho de tierras oscuras. Estaba ligeramente inclinada hacia abajo.

—Parece una pipa en l'agua, puntualizó Juan Sapo.

El agujero negro de la boca nos miraba, como un ojo torvo. No sé por qué nuestras miradas se huían, ahora.

Yo fuí quien primero habló:

—¿Por qué no metes la mano, Juan Sapo?

La cara del serrano se volvió pausadamente hacia mí. Una misteriosa gravedad había substituído a su zorruna malicia habitual. Sus palabras fueron solemnes, compenetradas de la verdad de lo que decía:

—Ice oña Catita, que'es muy sabía, que la coicia ha corrido todos los entierros; por eso es que no si'hallan. Yo fuí el que lo vide y el que le ijo a su mercé. Usté no creída dende el principio. Usté es el que lu'ha de ver, su mercé.

Como un escalofrío, penetró en mí este soplo de extraterrena superstición. Algo que se escapaba a mi conciencia me hizo alargar la mano con un brusco impulso hacia la tinaja y luego detenerla medrosamente. ¿Y si este irreflexivo gesto era la codicia que se despertaba en mí? Mi brazo temblaba entero; un hormiguelo inexplicable adormecía la yema de mis dedos. Sin

embargo, metí la mano. Tropezó con algo duro como la greda misma que cubría poco antes la tinaja.

Juan Sapo me miraba, extrañamente inmóvil, apoyado en el astil del azadón.

—Algo queda del tapón, Juan Sapo. Toqué algo duro.

No me dijo nada, pero ví alzarse el azadón con un amplio movimiento de los brazos. Redobló el golpe con extraordinario vigor sobre la boca de la tinaja. Saltaron como pedruscos trozos de greda reseca. Observamos un pedazo de tabla, con un agujero en el medio, como lo ví tantas veces en las bodegas antiguas, cuando sacaban el gollete (era la expresión típica de los viñateros) y probaban, a través del portillo de la tapa de roble, por medio de una goma, el alma del vino, entre chanzas, celebradas con risas estrepitosas. Un segundo azadonazo y costras y tablas saltaron lejos. Abrióse, como el bostezo de una enorme boca la cavidad sombría de la tinaja. Inconscientemente nuestras manos se encontraron en el borde. Ví las toscas manos labradoras de Juan Sapo junto a las mías, cuidadas y blancas. Y este detalle grotesco despertó en mí la reflexión. De ahí en adelante mis actos fueron conscientes. Una serenidad reflexiva los presidió.

Y cuando el montañés volvió a insistir en que debía ser yo el que descubriese el secreto oculto en la tinaja de la viña, no titubée. Guiábame, simplemente, la curiosidad. Hundí todo el brazo, palpando sólo el vacío, un vacío helado como un agujero en la roca.

—Yo creo que no hay nada, Juan Sapo.

—Más adentro, patroncito, me insinuó en voz baja, extrañamente dulce.

Esta vez metí el brazo inclinando el hombro en la misma dirección para llegar hasta el fondo de la tinaja. Palpé con mis dedos helados algo líquido, de una aterciopelada tibieza. Al mismo tiempo, un aroma penetrante, tal como el de los racimos colgados en los corredores de las casas campesinas, acarició mis narices y se disolvió como un vapor por todo mi cuerpo. Retiré la mano asombrado. A la luz, una sustancia de un púrpura claro teñía mis dedos.

—¿Qué diablos es esto, Juan Sapo?

El áspero rostro de Juan Sapo mostrábase cárdeno como el de un cadáver. Parecía que todo el rosa de la sangre había escapado de sus venas. Los ojos inmovilizábanse, extrañamente agrandados en las cuencas peludas.

De improviso, soltó el azadón, y se persignó con un gesto lento y uncioso. Luego retrocedió, refugiándose dos melgas más allá. Desde allí, su voz miedosa, apremiante, me gritó:

—Vámonos, patrón. Dejemos el entierro. El diablo lu'ha cambiado en sangre e cristiano. Tamos condenaos si seguimos.

Lo miré con asombro. Inconscientemente, mi mano sacudió esa sustancia que se adhería a la piel con una suavidad pegajosa de melaza. No tenía miedo alguno. El misterio de este líquido me atraía. Ahora, con aguda curiosidad, Busqué a Juan Sapo y ya no lo hallé. Me encontré solo, bajo la mañana acribillada de trinos y zumbidos. La luz doraba los cerros. Todos los rincones estaban limpios de sombra. Sólo las cepas de la viña se alineaban negras, fúnebres, como las cruces de un cementerio. Las abejas andariegas de los cerros y las moscas sedentarias habían descubierto ya el tesoro de la tinaja y zumbaban, enloquecidas, junto a su boca oscura como en los montones de orujo, los días otoñales de la vendimia. Hundí mi mano por segunda vez en la tinaja. Igual sensación de frescura y calor volví a experimentar. Igual dulzura de aroma cosquilleó mis narices. Observé mi mano enrojecida de rubíes, preñados de luz. Sin que yo me lo explicase los dedos se acercaron a los labios. Fué como si olfato y tacto se hicieron sabor y me ordenasen probar ese licor súbitamente despertado de su sueño, por el azadón de Juan Sapo. No advertí el sabor en un comienzo. Su densidad absorbía el regusto del viejo vino. pero el calor de la boca dió libertad al perfume disuelto en el azúcar. Es una calidez atorciopelada que acaricia, y domina, al mismo tiempo. Vuelvo a probarlo, una y otra vez.

—¡Pero si es vino, Juan Sapo! exclamo en alta voz como si el campesino estuviera presente, ansioso de comunicar a alguien mi descubrimiento.

Bebo otra vez, con las manos en cuenco. Un fuego inusitado moja mis labios y calienta mi sangre. Tiene el vino de la tinaja un sabor espontáneo, en el cual no hubiera intervenido la mano del hombre. Se ha engendrado sólo en el vientre redondo del tinajón, como el agua de un manantial. Las más sabias destilerías no habrían conseguido este sabor milagroso y único. Es luz de sol disuelta en sus granos azucarados. Tierra y tiempo son sus creadores. ¿Quién fué el que tuvo la original ocurrencia de guardarlo en una tinaja, bajo las raíces de las parras? ¿Acaso aquel Juan Barrios que murió en el camino de Peñalquín de un súbito ataque cardíaco o don Pancho Medel, el solitario borracho de las serranías?

Fuese quien fuese, se llevó su secreto al pequeño campo santo del Empedrado y no alcanzó a probar el maravilloso vino que él soñó y yo he paladeado. Bebo nuevamente. No sé qué mis-

terioso embrujo destila el rojo corazón del vino. Una loca alegría se esparce por mis miembros ateridos.

—Pero si es vino, un magnífico vino, Juan Sapo. Grito en voz alta, una y otra vez.

Quiero comunicar a los pájaros, a los serranos, al campo entero el secreto de la tinaja. No oigo sino el eco de mis palabras en las oquedades de los cerros, el canto de las diucas, el zumbido de abejas y moscas cada vez más agitado y enloquecedor.

—Juan Sapooo, Juan Sapooo vuelvo a gritar, haciendo con las manos mojadas una bocina.

Mi voz tiene un vigor que me asombra. Alucinadas sensaciones iluminan la excitación de mi cerebro. El campo se ha transformado por arte de magia y me habla, rompiendo por primera vez su mudez pasiva y triste. Allí, junto a aquella piedra donde canta el pidén en las tardes, hay una veta de oro. Moviendo ese peñasco atigrado por líquenes blanquecinos, aparecerá la chispa dorada que reposa desde siglos entre los poros de las piedras cuarzosas. Enhebrándose misteriosamente por la entraña de los cerros, la veta continúa hasta el lecho del río; y allá, sobre los madroños de la quebrada, el agua de oculta vertiente ha lavado el filón y se deshace en finísimo polvo que destila con el agua cristalina. El entierro, plata sellada, pesadas onzas, pepitas de oro, guardadas en viejas botellas, está en el subsuelo de la bodega. Veo el arcón, de mohosa cerradura, tapado con la greda húmeda del cerro. Quiero comunicar generosamente a Juan Sapo el enigma tan inopinadamente aclarado.

—¡Ven, Juan Sapo! ¡Ya encontré el entierro!

Más adelante no recuerdo sino cosas confusas. Murmullo de voces que se acercan. Voces roncadas de hombres de los cerros. Ponchos oscuros que surgen de entre las parras y se desplazan bajo la fría mañana invernal. Se aproximan y me cercan amenazadores. Intentan sujetarme y yo entablo con ellos una lucha desesperada. Quieren arrebatarme el entierro y beberse el mágico licor. ¿Quiénes son? No sé. En la lucha, mi cabeza se ha disuelto en tiniebla. Evoco sólo sombras, voces de apremio, átomos de luz que rozan mis párpados, aleteos asustados en mis oídos.

He vuelto a la realidad en medio de la noche y en mi cama, desvestido. ¿Quién me ha desnudado? Tengo la sensación angustiosa de una pesadilla. Reina un silencio mortal en torno mío.

El burbujeo leve de los naranjos en el patio, tan familiar, me torna, poco a poco, a lo normal. Oigo, de improviso, murmullo de voces, carraspeos, pasos, como en los días tibios de la trilla o en las frescas noches de vendimia. Un tiritón escalofrío mis

nervios. ¿Quiénes están ahí, en los corredores, a estas horas de la noche?

El vino descubierto en la tinaja, la huída de Juan Sapo a través de la viña, suben a la superficie de mi memoria, desde el fondo del recuerdo. Me levanto rápidamente. Pero me ha engañado la obscuridad. No es la alta noche. Es el alba que va a llegar, desentumeciendo el paisaje aterido, aún empapado de estrellas, frías como puntiagudas partículas de hielo.

El pequeño patio trasero de la casa está lleno de hombres y mujeres. Emergen sus siluetas toscas de la penumbra, teñida de amanecer. La pupila minúscula de un cigarro rojea al ser chupada de pronto, agujerando la sombra. Los reconozco. Son los mismos que me ayudaron la víspera en el mingaco y otros, que no distingo en este instante. Son los mismos que el día anterior se acercaron a la tinaja y me sujetaron. ¿A qué han venido tan de mañana o es que no se han ido aún a sus ranchos de los cerros? Empiezo a comprender y una incontenible cólera me hace rechinar los dientes. Me contengo, sin embargo. Y al ver a Juan Sapo que se acerca a mí, desde el grupo agazapado en las sombras, le pregunto serenamente:

—¿Y el vino de la tinaja? ¿Se te ocurrió taparlo para que no se llene de moscas?

Al oír mi pregunta se han acercado los demás. Hay algo extraño que no comprendo, en el silencio corpóreo de esos ponchos oscuros y de esos rebozos claros que se aproximan. Algo extraño que me estremece. No veo la cara de Juan Sapo, pero sus gestos maliciosos y los matices de su voz los tengo esculpidos en la memoria.

Su voz ha tomado el tono sentencioso, de misteriosa gravedad de la noche anterior.

—Su mercé ha de saber que nu'era ná vino. Sangre e cristiano ha sío, pa tentación del creyente. El Malo es muy indino y de too se vale pa condenar almas. Su mercé probó de esa sangre, pero los hombres que somos en Peñalquín lu'han salvao, con la contra de oña Cata.

Le repliqué con brusquedad:

—¡Qué contra ni qué lesera! Era vino y se lo habrán tomado ustedes, como si lo viera!

Su voz se agudizó repentinamente:

—¡Cómo se le ocurre, patroncito! Ay mesmo fué esparramado. Tuavía tan las muestras porque era tan espesazo. L'hicimos la cruz y le rezamos cinco aves y cinco paire nuestros. Si no, esta sería l' hora que su mercé estaría en las llamas del infierno.

Entendía por fin. Mi cólera se había apaciguado repentina-

mente. Era preciso someterse a las leyes tradicionales de la montaña si se quería vivir allí. Yo lo había aprendido a fuerza de dolorosa experiencia.

Durante meses, en torno a las brasas y junto a las parvas de oro, se comentaría la portentosa curación del rico de Peñalquín, arrebatado al demonio en sus mismas garras. Oña Cata, chupando su cigarrillo de hoja, dos pepitas en las sienes, sonreiría satisfecha y sus santigueros, llenos de fúnebres letanías, recorrerían triunfales los lechos de los agonizantes. ¡Qué más daba!

Sonreí y no dije nada. Un cordero de mi rebaño fué asado a la hora del almuerzo en los corredores. Algunas arrobas del vino de mis bodegas fueron bebidas por los campesinos. Así pagué yo la salvación de mi alma. Así celebraron ellos la contra de oña Catita, la meica de Peñalquín.